

contra quien iba dirigida. No es un medio muy honroso para los que aspiran á gobernar á los otros, el valerse de unas armas rateras y solapadas cuando intentan defenderse ó acometer. El Parlamento y la universidad habian tomado la iniciativa, colocando á los Jesuitas en el falso terreno de las sutilezas, y estos se mostraron tan hábiles y sagaces como eruditos y discretos en la Iglesia y en las cátedras. Así transcurrieron dos años, quedando por último la victoria por los individuos de la Compañía, merced á la multitud de educandos que abandonaban las universidades por asistir á la explicacion de los Padres.

Du Boulay, secretario é historiador de la universidad, no teme hacer esta misma observacion ¹: «Admitidos los Jesuitas, dice, «por la asamblea de Poissy y el Parlamento bajo unas mismas «condiciones, dan principio á su enseñanza, que por ser gratuita «fue mas bien acogida de todos, sin que la obstasen en modo alguno la oposicion de la universidad agregada á la del arzobispo «y clero de Paris, y á la de las Órdenes mendicantes. Sus aulas se «ven obstruidas por un gran número de estudiantes, en tanto que «las de la universidad se encuentran casi desiertas; el esplendor «de que se veían rodeadas estas antes del arribo de los Padres se «eclipsó en gran parte, pero en cambio ha ganado mucho terreno «la religion católica, como lo confiesan los mismos que con mas «furor se han sublevado contra los Jesuitas; porque seria imposible referir el inmenso incremento que esta Orden ha recibido «en poco tiempo, el acogimiento casi unánime que ha tenido por «todas partes, y el éxito con que se ha aplicado á convertir á Dios «y al cristianismo las naciones mas bárbaras, y á reducir á la fe «católica á los herejes.»

Alembert, uno de los hombres que mas brillaron en la ciencia y filosofismo del siglo XVIII, y autor de una obra titulada la *Destruccion de los Jesuitas*, á la cual habia él contribuido de un modo tan activo, se ve obligado á confesar lo mismo ².

«Apenas la Compañía de Jesús se dejó ver en Francia, escribe «este autor, cuando empezó á experimentar contradicciones de «toda especie para poder aclimatarse; las universidades en espe-

¹ *Historia de la universidad de Paris*, por du Boulay, tomo VI, pág. 916 (edic. de 1673).

² *Sobre la destruccion de los Jesuitas*, por un autor-desinteresado (Alembert), pág. 19 (edic. de 1763).

«cial hicieron tan terribles esfuerzos para alejar á estos recién venidos, que seria difícil decidir si esta oposicion hace el elogio, ó «si condena á los Jesuitas que fueron su blanco. Anunciáronse «como instructores gratuitos; se contaban entre ellos varios hombres eruditos y célebres, superiores tal vez á los que abrigaban «en su seno las universidades, y este mismo interés y vanidad «podian bastar á sus rivales, al menos en los primeros momentos «de efervescencia, para intentar expulsarlos; todavia recordamos «las contradicciones idénticas que experimentaron las demás Órdenes mendicantes por parte de las universidades, cuando trataron de introducirse en ellas.»

En nuestros dias, el Dr. Ranke viene tambien á confirmar lo dicho por du Boulay y Alembert. «Los adelantos de los Jesuitas, dice, con respecto á la enseñanza, rayaron en prodigiosos, «pues que se llegó á notar que la juventud aprendia mas en seis «meses en sus escuelas que durante dos años en las demás, pasando los mismos Protestantes á sacar á sus hijos de gimnasios «bien distantes para confiárselos á los Jesuitas ¹.»

Al dejarse ver la Compañía en las cátedras de Paris habia querido ser representada por medio de unos hombres cuya ciencia fuese admirada aun de sus mismos rivales, y para realizarlo con mas visos de verdad, encargó al P. Maldonado (el mas célebre intérprete de los Libros sagrados) la explicacion de la filosofia de Aristóteles; á Miguel Venegas de comentar los emblemas de Alciato, y á otros de no menor fama, de la enseñanza del griego y del latin; llegando á reunir mas de mil oyentes en sus aulas.

Este motivo bastaba, sin necesitar otros, para excitar el odio de la universidad. En 1562, y luego del fallecimiento de Pasquier-Brouet, provincial de Francia, formaron los Jesuitas el proyecto de penetrar en el campo enemigo, y para ello demandaron á Julian de San German, rector á la sazón de la universidad, las certificaciones de matricula y todos los privilegios de que disfrutaban los individuos de aquel claustro; gracia que aquel les otorgó sin demora. Pertrechados, pues, los Jesuitas con sus diplomas, dieron principio á los cursos el dia de san Remigio de 1564, anunciándose como parte integrante de la universidad. Este paso era para esta un golpe decisivo. Hallábase Marchand desempeñando las

¹ *Historia del papado*, por Ranke, tomo III, pág. 41 (edic. de 1838).

funciones de rector, y apenas supo la declaracion de los Jesuitas, convoca todas las facultades que estaban en la mayor alarma, consultándolas sobre si se debia admitir en el seno de la que él regia á la Sociedad de Jesús; pero esperaba, como era natural, una contestacion negativa: «Atendido, dice el acta de consulta, á que la facultad de teología ha juzgado que este Instituto ataca á los privilegios de todos los curas y estatutos de la universidad, y que es una secta orgullosa, puesto que no reconoce superior alguno.»

Cerrábaseles una puerta á los Jesuitas; pero muy luego se abrieron otra. Presentaron á la universidad una solicitud pidiendo ser incorporados en ella, bajo el supuesto de que no optarian á las dignidades de rector, canciller ni procurador, y el nuevo rector Juan Prevot los cita ante el Consejo que verificó en la iglesia de los Maturinos, sometiéndolos al interrogatorio siguiente, segun Argentré, obispo de Tulle, y du Boulay:

El Rector. — ¿Sois seculares, regulares ó frailes?

Los Jesuitas. — Somos en Francia tales como el Parlamento nos ha denominado: tales cuales, es decir, la Sociedad del colegio llamado de Clermont.

El Rector. — ¿Sois en realidad frailes ó seculares?

Los Jesuitas. — La presente asamblea no tiene derecho á dirigirnos esa pregunta.

El Rector. — Pero ¿sois verdaderamente frailes, regulares ó seculares?

Los Jesuitas. — Ya hemos respondido varias veces: somos tales como el tribunal ha tenido á bien nombrarnos, y no nos creemos obligados á contestar.

El Rector. — Os obstináis en no dar contestacion alguna respecto al nombre, y nada quereis decir acerca del asunto. ¿Sabeis que existe un decreto que os prohíbe tomar el título de Jesuitas ó Sociedad de Jesús?

Los Jesuitas. — No nos fijamos en la cuestion de nombre: podeis citarnos ante la justicia si vamos contra el contenido del decreto ¹.

¹ En los archivos del Gesu existe otra contestacion. Está escrita toda ella de mano del P. Ponce Cogordan, que fue el encargado de pronunciarla por su cualidad de procurador del colegio:

«Señores, dice, hace ya mucho tiempo que se nos pregunta lo que somos, lla-

Un proceso se hacia inminente. Los Jesuitas apelan de la universidad al Parlamento, lo cual era pasar de una rival en decadencia á un adversario sistemático; depusieron su pedimento, y el 20 de febrero de 1564 puso al márgen un *dese cuenta* encargándose el procurador general de sus conclusiones, que tendian á que nada se cambiase hasta que oidas las partes, pasase á resolver el tribunal.

Al paso que los Jesuitas solo contaban con un abogado, Pedro Versoris; la universidad les oponia ocho: Fontenay, de Thou, Agrault, Dumesnil, Bechet, Guerard, du Vair y Esteban Pasquier, quienes se compartieron el plan de ataque, proponiéndose multiplicar las incidencias, y eternizar una causa que les creaba un título á la celebridad, como el mismo Pasquier lo confiesa en una de sus cartas. «Esta causa, dice, es el primer escalon para mi ascenso al tribunal supremo ¹.»

Esteban Pasquier proyectaba, como era natural, formar su fortuna, y quiso por lo tanto aprovecharse de la ocasion; pero este hombre famoso por el odio que manifestó desde luego á la Sociedad de Jesús, no era, sin embargo, tan ridiculo ni tan perverso como propalaron los miembros de esta Sociedad y sus partidarios. A la par del mal gusto y del estilo hinchado, propio de su siglo, poseyó excelentes calidades de ingenio y bondad, puesto que se consagró al servicio de su proscrito monarca, y jamás olvidó á los hombres que habian contribuido á su elevacion.

Pasquier, como dirémos mas adelante, se dejó ver en el palenque de la discusion con el carácter de enemigo personal de los Jesuitas, quienes tampoco le perdonaron á su vez ², lanzándole

«mándonos unos de un modo y otros de otro: hé aquí en dos palabras lo que queremos ser: somos hijos de nuestra madre la santa Iglesia católica, apostólica y romana, en cuyo seno protestamos vivir y morir: somos, como dice el Parlamento que nos ha reconocido, y como lo declara el acta de admision de Poissy, Compañía y sociedad del colegio de Clermont: ahora os suplicamos que por amor de Dios nos incorporeis á la universidad con arreglo al decreto del citado tribunal, y al acta de Poissy.»

¹ Carta de Pasquier citada por du Boulay, tomo VI, pág. 648.

² En esta época vió la luz pública un folleto anónimo, que fue atribuido por la universidad á alguno de los individuos de la Compañía, y segun la opinion general, á un abogado que aprovechaba la situacion para vengarse de las ventajas de su colega. Con arreglo á la lectura del indicado anónimo, titulado *la caza del zorro Pasquier*, era Esteban «un pilluelo de Paris, un bufon, un mono,

multitud de sarcamos, y haciendo expiar á su amor propio los perjuicios que les ocasionara con su facundia. Hallábase á la sazón coja la justicia como el Vulcano de la Mitología, caminando en todo con la mayor lentitud: el Parlamento aplazaba, difería y especulaba incesantemente con las calamidades que amenazaban al reino para satisfacer sus venganzas.

En este intermedio Laynez, que habia marchado á Trento por asistir al Concilio, impuso á sus compañeros el precepto de combatir do quiera la herejía, como en efecto lo hacian unos en el recinto de Paris, y otros en el centro de las provincias. Edmundo Auger habia tenido noticia de que Juan de Montluc, obispo de Valencia¹, político sagaz y cortesano aun mas hábil, abandonaba su grey á la voracidad de los lobos; y sin mas, se presenta el Jesuita en las riberas del Ródano; predica en esta ciudad; reanima el fervor de sus moradores arrastrados á la indolencia ó mas bien al error por su diocesano, y fortalece á los delfineses, á quienes empezaban á intimidar las correrías de Francisco de Beaumont, baron de los Adrets.

Este caballero, jefe de partido, alternativamente católico ó protestante, segun convenia á sus intereses, y dotado al mismo tiempo de un valor y una crueldad sin límites, de que habia dado numerosas pruebas bajo todas las enseñas en que habia militado, profesaba á la sazón las doctrinas de los Hugonotes. Deseaba con ansia el Baron poner en práctica las lecciones de Calvino y de Beza, quienes proclamaban do quiera que solo con la espada debia consolidarse su culto, y recorria con este objeto el territorio al frente de siete á ocho mil hombres, fanatizados por las prédicas de sus ministros, incendiando, saqueando y asesinando, sin perdonar sexo ni condicion, infancia ni senectud, hasta llegar á posesionarse de la ciudad en la que el P. Auger, cuya fama habia llegado á sus oídos, se ocupaba en reanimar la fe casi extinguida.

Lanzóse dentro de sus muros el lugarteniente del Rey en la pro-

« un vendedor de pataratas, sucio y feo sátiro, archinecio por natura, por be-
« cuadro, por bemol, mentecato en el mas subido diapason, tonto de cuatro sue-
« las, de doble tinte teñido de carmesí, emborronado de papel, renacuajo del
« tribunal supremo, vocinglero de los corrillos, cráter del infierno, insigne hi-
« pócrita, zorro viejo, cano y velludo, urraca charlatana, ganso enfrenado que
« se desataba licenciosamente para enfangar, envilecer y manchar la hermosa
« blancura y el brillante plumaje de los cisnes.»

¹ En el Delfinado.

vincia, La Mothe-Gondrin, proyectando morir ó salvarla; mas no tardó en conocer la impotencia de sus esfuerzos, viéndose precisado á rendirse prisionero de guerra. Habíanle prometido los Hugonotes conservar la vida, oferta que después no ejecutaron, asesinandole cobardemente: sabido es ya que para esas masas que se precipitan con tanto ardor á las guerras de religion, es el asesinato una especie de deber, y la fe prometida una vana fórmula. El Jesuita, que tambien habia caido en poder de estos bárbaros, no debia perecer á manos de la soldadesca; reservábanle los ministros calvinistas otro género de muerte mas afrentosa: ordenan erigir una horca en la plaza pública, y le conducen atado del cuello con una soga al sitio de la expiacion, en medio de las aclamaciones y gritería de un frenético populacho.

Pero el Jesuita improvisa un púlpito del patíbulo. Es cierto que va á pasar de un salto á la eternidad; pero quiere que los *extraviados* sepan al menos como espira un sacerdote católico, y dirige al pueblo aquellos acentos que el martirio tiene siempre el don de hacer mas sublimes. Apóstatas casi todos los que le rodean, pero conmovidos al escuchar las verdades que anuncia, el mágico acento con que las apoya y la energía que despliega aquella alma pronta á abandonar cuanto posee de mortal, creen estimularle á la apostasia ofreciendo perdonarle la vida, y Pedro Viret, uno de ellos va á proponer al Baron que suspendiese la ejecucion hasta haber discutido con él y convencido al pié del cadalso.

El Baron, que sin duda se hallaba en uno de sus raros momentos de humanidad, otorgó á Viret su peticion, mandando que bajasen del patíbulo al Jesuita. Entraron los Calvinistas en materia con él, poniendo en juego todos los ardides, amenazas y capciosidades que pudo inspirarles su odio; pero la constancia y talento del Padre triunfaron muy luego de las lisonjas y del error. Los Calvinistas no permitieron sin embargo confesar su derrota, y creyendo que el tedio que inspira por lo regular el calabozo bastaria para hacerle venir á la razon, le condujeron á la cárcel pública con el objeto de ejecutarle al dia siguiente; lo que no llegó á verificarse por haber hallado los Católicos un medio de sustraerle á la cárcel y á la muerte.

El P. Pelletier corrió en Pamiers los mismos riesgos. Un decreto del parlamento de Tolosa le hizo salir de la prision, y lo mismo que el P. Auger se vió obligado á huir de una provincia

donde su presencia no hacia mas que exponer á peligros mas ciertos los Católicos, que no tenían aun bastante energía para rechazar la fuerza con la fuerza. El Delfinado estaba cerrado para Auger, y por lo tanto se trasladó á la Alvernia, y las ciudades de Clermont, de Riom, Mont-Ferrand é Issoire experimentaron los efectos de su celo, viéndose por él libres del contagio de la herejía.

Ostentaban los Protestantes una audacia tan sin límites, y habia comprometido de tal manera el trono y la religion el edicto de Carlos IX en favor del culto reformado, que ya se preparaban á derrocar á uno y otra, cuando el duque de Guisa batió y dispersó á los Hugonotes en las llanuras de Dreux, el 19 de diciembre de 1562, haciendo prisionero al príncipe de Condé, su jefe, y escapando Beza de una suerte igual por medio de su precipitada fuga.

Esta victoria venia, pues, á cambiar la faz de las cosas; pero los Calvinistas, que no habian podido vencer á Guisa en el campo de batalla, le asesinaron traidoramente dos meses después (24 de febrero de 1563), por mano de Poltrot, tanto para vengar la mortandad de Vassi, como por lo funesta que habia sido á su causa esta derrota.

Como si la guerra civil que devastaba el suelo francés, á que se agregaban la desunion en las creencias y la animosidad en los corazones, no fuese ya un horrible azote de la cólera vengadora del cielo, vino á completar la peste el cuadro desolador de tamañas calamidades, arrebatando en Paris al P. Pasquier-Brouet, y á Pelletier en Tolosa; pero en Lyon fue donde se mostró mas terrible esta visita del Señor. Hacia la peste tan espantosos estragos en esta ciudad, que llegó á extinguirse casi del todo la caridad en los corazones de sus habitantes; huia el hijo del padre, y este del hijo; el hermano del hermano, y hasta el amigo mas íntimo abandonaba en brazos de su agonía al hombre con quien estaba unido con los vínculos mas estrechos, procurando todos en su fatal egoismo preservarse del peligro con la fuga; solo Auger quiso inmolarse por todos. «Durante todo el tiempo del contagio, dice el Sr. de Rubys, autor de la *Historia de Lyon*, pasaba el buen P. Auger todos los días á visitar á los enfermos en los hospitales y en las chozas, consolando á unos, exhortando á otros, y distribuyendo á todos las limosnas que á este efecto le proporcionaban las personas caritativas, siendo ayudado en sus ejercicios de ca-

«ridad por un piadoso sacerdote llamado Andrés Amyot, en cuya casa habitaba el Jesuita.»

Fue tan espantoso este castigo de la cólera divina, que no hubo familia en toda la ciudad que no sufriese sus pérdidas, puesto que, segun dicen los historiadores contemporáneos, sucumbieron á su violencia mas de sesenta mil personas en solo Lyon. Hallábase solo el Jesuita en medio de tanto desastre, porque la muerte le arrebatava diariamente los auxiliares que se elegia; pero, por mas horrible que se presentaba esta mortandad, no le hizo retroceder en el cumplimiento de las funciones que la caridad le imponia. Los mismos magistrados empezaban á alarmarse, al ver que la peste no disminuia sus estragos; solo Auger tranquilo en medio de tamaña desolacion, procura reanimarlos para que den ejemplo á los demás ciudadanos. No considerando eficaces los consuelos humanos, recurre á los celestiales, persuadiendo á las personas mas influyentes á que hagan un voto solemne en nombre de la poblacion á Nuestra Señora del Puy en Velay, lo que hicieron sin demora los lyoneses. Cesa el contagio, y el Jesuita recibe el encargo de los magistrados de llevar á dicha iglesia el voto de la ciudad. A su regreso, en prueba de la gratitud general, le ofrecen el colegio de la Trinidad, para que fundara en él un establecimiento en beneficio de la sociedad. Edmundo, que en este intermedio habia sido nombrado provincial de Guiena, aceptó en nombre de su Compañía el colegio, pero á condicion de que fuese declarado en la escritura de propiedad, que los hijos de los Protestantes tendrán igual derecho que los de los Católicos á recibir en él su educacion, en atencion á que los extraviados de la Iglesia se habian quejado de que se les arrebatava una casa municipal á que todos tenían derecho. Esta cláusula de libertad respondia á las objeciones de la universidad y de la herejía, cayendo sobre ambos partidos como un dilema en accion.

Hallábase á la sazón dividida la Francia en dos provincias de la Orden, siendo Oliverio Manare provincial de la llamada de Francia, y Edmundo Auger de Aquitania ó Guiena. En este mismo año marchó Possevino á Bayona como embajador de su Compañía, con el objeto de presentarse á Carlos IX, que se hallaba conferenciando en la frontera con Felipe II, su cuñado, y empeñarle á poner un término á los altercados del Parlamento y de la universidad de Paris.

Antonio Possevino, natural de Mantua y descendiente de una familia, cuyo único patrimonio consistía en su probidad, era uno de aquellos hombres que necesitaba la Sociedad de Jesús; filósofo, orador y teólogo, dotado de la memoria mas prodigiosa y de una facilidad sin límites para aprender y hablar cualesquiera idiomas, juntaba á todas estas calidades la penetracion del diplomático y el fervor del apóstol; tenia afabilidad en el corazon, energía en el carácter y tal aptitud para desempeñar cualquier cometido, que jamás hombre alguno vió cercada su infancia de tan risueñas ilusiones, ni llegó á adquirirse tan poderosos protectores. Mas Possevino, comensal de la familia de los Gonzagas, no se dejó alucinar por esas esperanzas de un porvenir lisonjero, que el mundo ó la Iglesia le dejaban vislumbrar; se sentía llamado por ideas menos mundanas, y habia visitado todas las universidades de Italia con el objeto solamente de instruirse. En Nápoles le enseñó el Jesuita Petrella la abnegacion de sí mismo, y en Venecia le inspiró el P. Palmio la idea de ingresar en la Compañía, como en efecto lo realizó, empezando el noviciado en esta ciudad el 29 de setiembre de 1559, pasando, apenas habia cumplido los veinte y seis años, á desempeñar el cargo de comendador de San Antonio de Fossan en el Piamonte.

Sus talentos, mas bien que este título á que pensaba renunciar, debian prepararle una acogida favorable por parte del duque de Saboya, Manuel Filiberto, en cuyos Estados habia penetrado el calvinismo. El Jesuita enviado por Laynez se dirige á Nisa; avísase con este Príncipe; residente á la sazón en aquella ciudad, y hablándole con toda la energía que le era característica, le da á conocer que un soberano católico no debe, ni aun por su interés personal, permitir que la herejía se entronice en sus Estados.

Las montañas del Piamonte, y en especial los Alpes, que por su inmediacion á la frontera francesa y á Ginebra venian á ser como el lugar de refugio contra la persecucion, que doquier sufrían los sectarios de Lutero y Calvino, admitian favorablemente en sus valles á todos los predicantes que los reyes cristianísimos compelian á emigrar de su reino, quienes continuaban entre los habitantes de Saboya propagando y perfeccionando la obra que se les prohibia en Francia ó en Italia. Hicieronse fuertes en los Alpes, cuya entrada no les habia podido interceptar hasta entonces el duque Filiberto, porque la guerra en que se habia empe-

ñado con la Francia, eliminó estas comarcas de su corona; siendo en especial los valles de Perusa, Pragelato, San Martín, Lucerna y Angrogna, los destinados á las correrías y empresas de los Hugonotes.

El duque de Saboya, que no se hallaba dispuesto á consentir el menoscabo de su autoridad, determinó expulsarlos de sus dominios, dando orden á Ferrier, gobernador de Piñerol, para que los arrojase á viva fuerza; orden que el comisionado se aprestó á ejecutar sin tardanza. Los ministros protestantes, que ya se preparaban por su parte á una vigorosa resistencia, tuvieron noticia de que el Gobernador habia condenado á varios de sus adictos á perecer en la hoguera; é irritados al saberlo los moradores de Angrogna y Lucerna, corren al momento á las armas; se apoderan de algunos soldados del Duque dispersos por los campos; les abren el vientre; les arrancan el corazon, y preparan un horrible banquete.

Quiso el duque de Saboya, antes de emplear los medios de rigor, enviar á los rebeldes un embajador de paz, comisionando á este efecto al P. Possevino, quien apareciendo en medio de estas poblaciones exasperadas, las da á conocer las desgracias que su obstinacion atraeria sobre el país, sin exigirles no obstante una sumision ciega á las órdenes del Príncipe, puesto que solo se trataba de que escuchasen sin agitacion la voz de los sacerdotes que les anunciarían las verdades de la Religion. Habia ya el Jesuita hecho apreciar sus consejos á una gran parte de los habitantes: podia tal vez renacer la paz de una reconciliación tan inesperada; pero esta paz trastornaba los planes del calvinismo. Francisco Esteban, uno de los predicantes mas audaces de aquella comarca, propone á Possevino una conferencia en la iglesia de San Lorenzo, en la que entraron á luchar con él catorce ministros protestantes, y de cuyos sofismas sale victoriosa su elocuente erudicion; pero comprendiendo estos que su causa se hallaba perdida si el Jesuita lograba introducir en las masas la voz de la razon, toman el partido de declarar la guerra á los Católicos.

Manuel Filiberto lanza sus tropas hácia los valles á las órdenes del señor de la Trinidad; mas tanto el Príncipe como Francisco Baco, nuncio de la Santa Sede, otorgan plenos poderes al Jesuita. Los Calvinistas quedaron por último vencidos é imploraron la paz, conduciendo el Jesuita á treinta y cuatro de sus jefes á Verecil, y